

Patrimonio y representación identitaria

Gabriela Andrea Victoria

Este capítulo indaga acerca de la vinculación existente en el binomio patrimonio artístico urbano y política. Específicamente, se trata de un análisis de aspectos simbólicos que surgen del proceso de puesta en valor, traslado y reemplazo de dos obras de carácter monumental que llevó adelante el Gobierno Nacional de la República Argentina durante el período que transcurre entre los años 2013 y 2015.¹ Se evidencia aquí aquello que subyace a los primeros debates llevados a cabo en los medios de comunicación masivos: las razones que acontecen más allá de lo coyuntural en una disputa de imaginarios instituyentes en pugna, a través de la historia argentina en torno a la identidad nacional.

El Bicentenario como hito histórico

El año 2010, en el que se conmemoró el Bicentenario de la Revolución de Mayo, encontró a parte de los argentinos participando nuevamente en torno al debate por la identidad nacional, ese «terreno de conflicto» (Grüner, 2004). Como sucedió durante el Centenario esta categoría vinculada a sentimientos de pertenencia, entró en tensión y propició aquellos debates vinculados al intercambio de los monumentos. Acaso sin proponérselo, esta acción de gobierno constituyó uno de los modos por los cuales esta generación política imprimiría un sentido específico al horizonte de significaciones en generaciones futuras. Horizonte compuesto también por las políticas ampliatorias de derechos, el reposicionamiento geopolítico del país, la reivindicación de la soberanía territorial y económica, y

¹ El reemplazo tuvo lugar en los jardines anexos a la Casa Rosada (Ciudad Autónoma de Buenos Aires).

la reformulación actualizada de una nueva construcción *identitaria*. Nos referimos a aquella que surge al haberse consolidado una cosmovisión de *valores compartidos* por gobiernos progresistas coincidentes en el tiempo y en la región durante la primera década del siglo XXI.

La promoción de la identidad que denominamos en este texto *de la Patria Grande latinoamericana* se encontraba urdida en la trama cultural mítica de la región, vinculada con los sueños emancipatorios de los patriotas latinoamericanos que llevaron adelante las luchas independentistas. Esta identidad se cristalizó en una serie de acciones de índole cultural. La metáfora del cambio político produjo la reacción inmediata de los sectores conservadores de la sociedad, que comprendieron el sentido de la misma.

La identidad nacional en la trama cultural

Si bien resulta similar a la ocurrida en ocasión del Centenario, la disputa actual en torno a la identidad nacional no es la misma que ocurrió otrora. Los representantes políticos expresaban entonces su preocupación por la permanente afluencia de inmigrantes. Decía Domingo Faustino Sarmiento en 1887: «Cuando se ven llegar millares de hombres al día todos sienten [...] como una amenaza de sofocación, como si hubiera de faltar el aire y el espacio para tanta muchedumbre» (en Bertoni, 2001, p. 79).

Asimismo, existían peligros concretos representados en la constitución endeble del Estado frente a una situación geopolítica internacional problemática. En este sentido, Lili Ana Bertoni (2001) menciona:

[...] según algunos políticos italianos, que buscaban justificaciones de expansión colonialista, la jurisdicción metropolitana debía extenderse allí donde había colonias de connacionales y donde consecuentemente se prolongaba la nacionalidad italiana, como ocurría en el Río de la Plata; en este caso la ane-
xión sería simplemente la consagración de un *derecho natural* (p. 17).

Erigir el monumento a Cristóbal Colón en el entonces parque anexo a la Casa Rosada constituyó una empresa extensa en el tiempo —su construcción se vio varias veces suspendida por razones económicas debido a la Primera Guerra Mundial— y problemática en términos de utilización

de recursos políticos y económicos. Aquellas circunstancias históricas le permitieron a la comunidad italiana «afirmar su identidad en un contexto familiarizado con su presencia protagónica» en Buenos Aires (Van Deurs & Renard, 1996, p. 89) y le otorgaron el reconocimiento público por parte de las autoridades, de su creciente importancia política.

En el debate por su aprobación los diputados tuvieron en cuenta hacerlo en nombre de los *residentes italianos* y no de la *colectividad* ni de la *comunidad*. La preocupación con relación a aceptar la existencia de *colonias* estaba referida a la posible entidad de los *colonos* por aceptar el Gobierno de Italia. Esto se vinculaba con discusiones en torno a la *falta de identidad* y a la consolidación de Argentina como país. El diputado Estanislao Cevallos, en el marco de una sesión en el año 1887, lo expresaba así: «Nosotros vamos a ser el centro obligado a donde convergerán quinientos mil viajeros anualmente; nos hallaremos un día transformados en una Nación que no tendrá lengua, ni carácter, ni bandera» (Cevallos en Bertoni, 2001, p. 21).

Cien años más tarde, un sinnúmero de investigaciones dan cuenta de la amplitud del debate sostenido. En espacios de estudio diversos, se interpretó y analizó la configuración actual de la categoría *identidad nacional* a lo largo y a lo ancho de las regiones distantes y diferentes entre sí, que conforman la República Argentina. De modo que los característicos enfoques —indigenista, hispanista, nacionalista— (Palavecino & Amaya, 1996), propios de la patrimonialización nacional latinoamericana se vieron reactualizados a partir del proceso que otorgó luz a las diferencias acerca de *lo nacional*.

Este proceso iluminó las dimensiones involucradas respecto de las significaciones que porta la problemática contenida en la puesta en valor de una obra de arte público urbano. El debate ocupó un lugar candente en los medios de comunicación, a partir de darse a conocer la noticia del desmonte del monumento a Cristóbal Colón.²

Analizar el entramado de significaciones que conlleva la problemática implícita en la restauración de una obra de arte público supone reconocer las variaciones dentro de las cuales se ha desenvuelto el concepto de patrimonio. Dentro del marco de variaciones posibles, se considera aquí

2 El desmonte del monumento comenzó el 29 de junio de 2013 y se prolongó en el tiempo debido a la judicialización del proceso.

al patrimonio como «universo de elementos u objetos que forman parte de nuestro escenario de vida», que, a su vez, «[...] no es un conjunto de bienes estables y neutros, con valores y sentidos fijados de una vez y para siempre, sino un proceso social que [...] se acumula, se renueva, produce rendimientos, y es apropiado en forma desigual por diversos sectores» (García Canclini, 1999, pp. 94-95). Se admite, entonces, que el patrimonio contiene componentes materiales y simbólicos y, por ende, el desprendimiento que supone esta interrelación lo (des)ubica de un territorio o grupo social específico (Mejía, 2014, s. p.).

A partir de este reconocimiento, se considera intencional por parte del Estado Nacional la vinculación del patrimonio no ya exclusivamente con categorías como «la conservación, la identidad, la tradición, la historia», sino también, en forma dinámica, con «otras redes conceptuales», como el «turismo, desarrollo urbano, [...] la comunicación masiva» (García Canclini, 1999, p. 16). Es decir, es importante señalar que el Estado, al actuar como comitente, buscó ampliar el espectro de posibilidades de construcción identitaria apelando a la representación de una mayor diversidad y otorgó espacio a aquello que interpela a la memoria colectiva, al reivindicar las luchas independentistas, la igualdad de género, entre múltiples aspectos que la constituyen y la deconstruyen en forma dinámica.

Las memorias sociales configuran el material sobre el cual se producen aquellos «procesos subjetivos anclados en experiencias y marcas simbólicas y materiales»; sin embargo, son lecturas desde el presente y portan miradas contrarias que, «aun dando las mismas referencias memorialistas, [pueden] no compartir las representaciones del pasado» (Palavecino & Amaya, 2016, s. p.). Por otro lado, «Si bien el patrimonio sirve para unificar a una nación, las desigualdades en su formación y apropiación exigen estudiarlo también como espacio de lucha material y simbólica entre las clases, las etnias y los grupos» (García Canclini, 1990, p. 182).

La *identidad nacional* como fundamento ideológico, en la Modernidad, ha sido definida principalmente de dos maneras. La primera, de modo *esencialista*, es decir, como entidad inmutable (Grüner, 2004) —fundamento que sirve como argumentación del *derecho natural* para las distintas formas de exclusión—. La segunda, como proceso de negociación cuya permanencia atañe, a partir de la identificación, al espacio de representación del «paisaje interior» del sujeto burgués, fundamento ideológico del

capitalismo, en el que se traslada desde lo individual a lo colectivo para dar lugar a la representación a nivel social (Grüner, 2004). De manera metafórica, Arturo Jauretche resume estos modelos: el primero corresponde al *juramento de un hijo ante la tumba del padre*, concepto de identidad arraigado a la tradición, a lo religioso, al respeto por el pasado. El otro supone una definición de identidad como *la promesa de un padre ante la cuna del hijo*: la apuesta a sembrar la herencia de un lugar para la descendencia, la promesa de un tiempo de construcción de valores compartidos que suponen erigir un espacio de respeto por los derechos soberano.

Resulta pertinente mencionar la función de la *identificación*³ como recurso en la construcción de identidad por parte del Estado, ya que constituye un ejemplo manifiesto del funcionamiento del arte como soporte sensible de representaciones identitarias y, por lo tanto, políticas. Asimismo, devela que el patrimonio no depende en su carácter subjetivo «de la forma que adopta o de su materialidad, sino de los valores que una sociedad atribuye como creadora y transformadora de esos bienes expresiones» (Mejía, 2014, s. p.).

Referentes para este análisis resultan *cuatro modelos de identidad nacional* producto del accionar de los *doce aparatos ideológicos del Estado* situados por Sebastián Guerrini (2008) y el consecuente accionar de los *aparatos de ficciones culturales* (Althusser en Guerrini, 2008) que, de manera hegemónica, instauran sus respectivos modelos ideológicos de país, materializados en imágenes que el Estado genera y distribuye. Los cuatro modelos de país descritos proponen cuatro identidades: la identidad europea, la identidad republicana, la identidad nacionalista y la identidad trabajadora.

El *aparato cultural de ficciones del Estado* elabora a partir de mitos las narrativas consecuentes al modelo ideológico fundamentado en las creencias de la sociedad que representa y garantiza, así, la difusión de las historias creadas (Segal en Guerrini, 2008). Un *mito* simplifica la identificación política porque constituye un modo de pensar que reduce culturalmente las posibilidades y le ofrece caminos aceptados al lector de historias (Barthes

3 La identificación es el principio fundamental que hace posible dos hechos primordiales de la cultura humana: la vida psíquica y el lazo social. La identificación es en relación, Sigmund Freud la llamó «la primera ligazón afectiva» a esa relación con el otro semejante; el otro es la condición absoluta en la identificación. «La identificación tiene como efecto el sentimiento —inconsciente o consciente— de estar arraigado a algo, de estar para alguien, para el Otro, de pertenencia, de pertenencia al Otro» (Correa González, 2010, s. p.).

en Guerrini, 2008). Además, constituye el corazón simbólico sobre el que las distintas agencias del Estado configuran relatos y ficciones a partir de palabras e imágenes pensadas para construir una propuesta de identidad y fijar ciertos sentimientos en una nación (Guerrini, 2008).

En ese sentido, la garantía de éxito de esta empresa de seducción estatal se establece, en mayor o menor medida, a partir de «la importancia social de las imágenes y de la importancia social del acto de ver, de representar, de interpretar, de imaginar y de desear como fuentes que otorgan poder a las imágenes» (Guerrini, 2008, s. p.).⁴

En este trabajo sostenemos que durante los años de gobierno kirchnerista el Estado Nacional promovió *la construcción de una nueva identidad nacional* diferenciada de las que funcionaron anteriormente ya que involucró sentimientos y valores de identificación regional. La consolidación de proyectos políticos progresistas en la región fue fundamental para tal construcción. La identidad propuesta será mencionada en adelante como *identidad de la Patria Grande* o identidad Latinoamericana.

Identificaciones para imaginar la Nación

Resultaría inabarcable en este ensayo describir los modos en que se construyeron los Estados nación a partir del surgimiento del capitalismo, pero es necesario sintetizar brevemente el proceso llevado adelante por las élites gobernantes durante el siglo XIX. En Latinoamérica existieron dos claves fundacionales que colaboraron en su conformación: por un lado, una voluntad de ruptura (con el Antiguo Régimen, la Corona de España); por otro, su inscripción consciente en el paradigma ilustrado del Progreso (Quijada, 1994).

De esta combinación surgió el modelo de organización política de Estados nación por el que pugnaron los sectores dominantes de la época: el Estado resultante de la soberanía popular. Como común denominador en la conformación de esos Estados hispanoamericanos:

4 «This happens due the social importance of images and the social importance of the act of seeing, of representing, of interpreting, of imagining and of desiring as the sources that give power to images» (Guerrini, 2008, s. p.). Traducción de la autora de este artículo.

La acción emancipadora va asociada a una nueva imagen de la sociedad política. [...] en la confluencia de aquellos tres conceptos —estado, nación y soberanía—, los hispanoamericanos legitimaron sus guerras de independencia apelando al derecho de restitución de la soberanía a la nación, y trasladando a esta última la lealtad colectiva hasta entonces depositada en la autoridad dinástica (Quijada, 1994, p. 15).

La definición de la Nación adquirió rasgos particulares según el caso, dependiendo de los contextos sociales, económicos y culturales. Argentina, hacia finales del siglo XIX y principios del XX, se consolidó con un modelo de Estado conducido por una clase política de valores y anhelos europeizantes: la Generación del Ochenta, que llevó a cabo un plan modernizador de unificación del Estado que signó, en gran parte, la historia política y cultural del país hasta mediados del siglo XX.

La construcción de sentidos a partir de representaciones ordena nuestro mundo de significaciones personales; sin embargo, se realiza colectivamente, porque las subjetividades pertenecen al campo de lo social, no de lo psicológico (Bleichmar, 2003, s. p.). Es allí donde se llevan adelante las contiendas, ya que la representación de identidades es un terreno de disputas políticas. Como establece Eduardo Grüner (2004), «el concepto de identidad tal vez sea uno de los conceptos más resbaladizos, confusos, contradictorios e incómodos inventados por la modernidad occidental, puesto que, para empezar, es un invento, es moderno y es occidental» (p. 58).

De este modo, la identidad se constituye en justificación ideológica de la Modernidad y supone la alternativa a los modelos abolidos, preexistentes. En la actualidad, la *identidad nacional*, como categoría totalizadora moderna asociada a un territorio, se encuentra en crisis por varias razones. Una de ellas radica en la *crisis de creencias* asendada por fenómenos económicos y políticos externos, como la globalización, e internos, como aquellos procesos que posibilitaron el empoderamiento de sujetos silenciados por décadas durante un extenso período postcolonial.⁵

5 «[La crisis de creencias es un tema no solamente de la América Latina () Cuando hablamos de crisis de creencias estamos hablando básicamente de la crisis de una forma de la cultura moderna que tenía un pie apoyado sobre las instituciones escolares, un pie apoyado sobre la esfera pública y la prensa y un pie apoyado sobre la relación entre creencias políticas y partidos políticos, entre ciudadanos y políticos. O sea, que esa crisis de la política es también una crisis de la cultura» (Sarlo, s. f., s. p.).

Los efectos de la globalización produjeron, por un lado, que se impusiera una supuesta homogeneidad de lo visible, el multiculturalismo y la identificación simplificada de lo diferente, de manera cristalizada —a partir de la gestión de las identidades como segmentos de mercado— y se encubriera, en realidad, la insostenible desigualdad que no otorga lugar a la expresión de la multiplicidad y riqueza de la diferencia. La crisis afectó la *representación* en sus sentidos polisémicos: tanto en la política, como en los estudios estéticos en general (Grüner, 2004).

Por otra parte, los efectos de la globalización suponen, según Arjun Appadurai (2001) una serie de transformaciones que vinculan ciertos procesos sociales que ocurren de manera simultánea: los flujos migratorios transnacionales, los flujos producidos por el desarrollo tecnológico y el vínculo de ambos sobre los trabajos de la imaginación. Appadurai otorga a la emergencia de la imaginación como elemento constitutivo de la(s) subjetividad(es) una importante capacidad de agencia,⁶ tanto en la formación de subjetividades como de comunidades.

A partir de la superación del estado de derrumbe institucional argentino producido por el neoliberalismo en 2001, la *identidad nacional* se vio sacudida de sus vestigios de *carácter excluyente* con el arribo de gobiernos populares que han otorgado espacio en las representaciones (estético-políticas) a voces silenciadas y han construido agendas con temas silenciados.

Es relevante mencionar la importancia y el peso de lo ficcional, de la *metáfora*, en el desarrollo de la *identidad nacional*, especialmente al hablar de arte. Sostiene Mónica Quijada (1994) que el peso del arte de la escritura fue considerable durante la *imaginación* de la Nación por parte de historiadores, literatos y personas en puestos de responsabilidad política:

En esa doble capacidad, «imaginaron» la nación que querían y a esa imaginación aplicaron sus posibilidades de acción pública, que no eran escasas, desde la conducción militar a carteras ministeriales y, en más de un caso, el propio sillón presidencial (Quijada, 1994, p. 16).

6 Esta articulación entre imaginación, identificación, representación de identidades y conformación de comunidades posee como antecesor a Benedict Anderson en su libro *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1983).

Para Beatriz Sarlo (s. f.), «la Argentina es a la vez el Estado que logró a mediados del siglo XIX su construcción política» y un territorio imaginado incluso antes de existir. «Como toda nación, es producto de un impulso que tiene que ver con el pensamiento, con la resistencia de los hechos, con la economía, con el territorio», agrega. Sarlo afirma que la lengua y las imágenes se configuran como «elementos decisivos de esa construcción» identitaria.

Por su lado, Grüner (2004) también señala a las imágenes y a la lengua como herramientas decisivas en esa construcción simbólica de identidad. Las obras de arte involucradas en el caso del reemplazo de monumentos constituyen el soporte material de aquello que parte de la sociedad vio afectado como configuración identitaria de su propio *imaginario social instituyente*. Los debates del pasado también se actualizaron fundamentalmente en la población a partir de intervenciones en los medios de comunicación. Como ejemplo citamos a Luis García Fanlo (2016), quien escribe en el diario *La Nación* durante la celebración del Bicentenario de la Independencia: «la sociedad argentina actual está formada por retazos desgarrados, un paño complejo y desperejo que pone a prueba no solo las identidades sociales básicas, sino también la idea de argentinidad» (s. p.).

El aparato de ficciones culturales del Estado

Las imágenes puestas en circulación por el Estado Nacional dan lugar a la cristalización de contenidos ideológicos del imaginario de *un tiempo*, que constituye el *horizonte de representaciones* de una generación. Por ende, las obras patrimoniales pueden ser concebidas como catalizadores materiales de ideas y conceptos que encarnan objetivos fundados en una ideología política.

Un monumento constituye un agente enunciativo a priori seleccionado por el Estado para transmitir sentidos específicos hacia la comunidad. Además, la política que da lugar a la construcción de monumentos, como las acciones necesarias en pos de la puesta en valor, traslado y emplazamiento, suponen la existencia de un comitente y una comunidad interesada en ocupar ese espacio de representación.

¿Cuáles son las identidades preexistentes circulantes a partir del Estado y de qué modo propone la figura de Juana Azurduy una diferencia?

La construcción del relato ficcional se elabora desde el *aparato cultural de ficciones del Estado* (Guerrini, 2008) utilizando herramientas y distintos soportes materiales. Así, se construyen relatos fundamentados en un mito del universo de significaciones, cuyo conocimiento posee cierta importancia ideológica para el reconocimiento de los mensajes que el Estado propone. A partir de la utilización de distintos soportes materiales, la circulación de imágenes se pone a disposición de la ciudadanía. Así, se lleva adelante aquello que sostiene Louis Althusser cuando expresa que «el aparato del Estado funciona por violencia mientras el aparato ideológico del Estado funciona por ideología, es decir: un sistema representacional que puede explicar las causas y condiciones de existencia de la gente» (Althusser en Guerrini, 2008, s. p.). De este modo, al ser necesario dar cuenta de lo que existe en la realidad se apela a las ficciones, a las historias. Es en este sentido que Slavoj Žižek afirma: «será aceptado que todo con lo que contamos son ficciones simbólicas», y agrega, «todo con lo que negociamos son ficciones simbólicas, la pluralidad de los universos discursivos, nunca la realidad» (Žižek en Guerrini, p. 13).

Entonces, por un lado, la ideología estructura la realidad a partir de ficciones simbólicas. Por otro, las ficciones simbólicas viabilizan la identificación, la inclusión de la población dentro de un horizonte que otorga sentido a las acciones individuales en pos de pertenecer al colectivo, al universo cultural. Finalmente, las ficciones se materializan en el mito (historia) entendido como «instinto de conocimiento que trata de encontrar las certezas simplificando posibilidades no-existentes a partir de situaciones similares y convirtiéndose así en causa y efecto que predispone a la persona a la ilusión de anticiparse a lo que vendrá» (Levi Strauss en Guerrini, 2008, s. p.). Además, «los mitos referenciales responden a necesidades organizacionales en vista de opciones existentes» (Levi Strauss en Guerrini, 2008, s. p.).

En el caso argentino, siguiendo a Guerrini, existieron doce aparatos ideológicos estatales⁷ que expresaron, por vía del diseño de imágenes y objetos, cuatro modelos de identidad creadas por el Estado argentino: la *identidad europea*, la *identidad republicana*, la *identidad nacionalista* y la

7 Guerrini (2008) menciona estos aparatos, pero, a la fecha de escritura, no se ha publicado aún su tesis completa. Por esa razón, aunque los mencionamos —porque dan origen a los modelos identitarios— no es posible dar cuenta de la composición de los mismos para el autor.

identidad de los trabajadores. Modelos de identidad proyectados que resultan, además, *excluyentes* debido a la ausencia en sus imágenes de diversidad de género, de fisonomías, de etnias, de provincias y, también, de figuras democráticas populares.

En el devenir de los diferentes relatos que surgen y batallan en la historia, se desenvuelve *el tiempo*, no son inmutables sino cambiantes, y que predominen unos u otros depende del contexto, de las circunstancias históricas y de los diversos grupos que acceden al poder con capacidad de articular contenidos de modo hegemónico. En este sentido, poseen «el poder de institucionalizar e interpretar la nacionalidad» (Guerrini, 2008, s.p.).

Particularidades del tiempo de los monumentos

La Nación argentina a través de la Ley 5105, emitida el 26 de agosto de 1907, autoriza al Poder Ejecutivo Nacional a aceptar la donación por parte de los residentes italianos del monumento a Cristóbal Colón. Esta aceptación se enmarca en el clima de festejos previos al Centenario de la Revolución de Mayo. La Comisión pro monumento a Colón que encabezaba Antonio Devoto⁸ le encargó al artista italiano Arnaldo Zocchi su construcción.

Si bien la piedra fundamental fue colocada el 25 de mayo de 1910, el monumento se inauguró el 15 de junio de 1921. Su emplazamiento y construcción se enmarcó en los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, que cambiaron la fisonomía de la ciudad de Buenos Aires a partir de la ejecución de un ambicioso plan de construcción de monumentos. Los mismos conformaban un sistema y constituían el soporte material de la ideología del proyecto de la Generación del Ochenta, oligárquico y en estrecha vinculación con el universo cultural europeo.

Por su parte, el monumento a la Generala del Ejército Juana Azurduy de Padilla fue donado al Gobierno argentino por el Presidente del Estado Plurinacional de Bolivia, Evo Morales Ayma. Esta donación se llevó a cabo durante los festejos del Bicentenario de la Revolución de Mayo argentina

⁸ Antonio Devoto fue un empresario de origen italiano (Lavagna, 1833 – Buenos Aires, 1916). Banquero y filántropo, involucrado en la política y en la vida social local, presidió el comité pro monumento a Cristóbal Colón.

y coronó, además, la firma de un convenio que declara el 12 de julio, fecha del natalicio de Juana Azurduy, como Día de la Hermandad Argentino Boliviana.

La Plaza Colón, luego Plaza Juana Azurduy, constituyó, entonces, el entorno de ambos monumentos. Dos años después de este primer reemplazo, el entorno ha cambiado y el monumento a Juana Azurduy ha sido trasladado a las inmediaciones del Centro Cultural del Bicentenario Néstor Kirchner, donde funcionó previamente el Correo Central.

La metáfora de la Argentina europea, que representa el monumento a Cristóbal Colón, exhibe, además de suponer aliado político al colonizador —y por ende representar al país de modo sojuzgado frente al conjunto de naciones—, la imposición de un tipo de *identidad nacional* inalcanzable para la mayoría de sus ciudadanos, y establece como válida la representación política de la diferencia al aceptar su cercanía al poder político nacional. Su remoción es, en este sentido, necesaria y consecuente a aquello que significan las celebraciones del Bicentenario de la Revolución de Mayo en la República: la Argentina posee identidad(es) cultural(es) diversa(s), entramada(s).

La Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo, es una institución materializada como red simbólica, socialmente sancionada, «en la que se combinan un componente funcional y un componente imaginario». Ha sido creada por el poder instituyente, que «nunca puede ser explicitado completamente y en gran parte queda oculto en los trasfondos de la sociedad» (Cabrera, 2004, p. 11).

En ese sentido, la institución como creación «del imaginario colectivo anónimo e instituyente [...] estructura, instituye, materializa» (Cabrera, 2004, p. 11). «En una palabra, es la unión y la tensión de la sociedad instituyente y la sociedad instituida, de la historia hecha y de la historia que se hace» (Castoriadis en Cabrera, 2004). Este poder de instituir otorga relevancia a aquello que se asocia a una institución que se distingue como la sede del poder ejecutivo, es decir, necesaria a lo específico de la sociedad en sentido transhistórico⁹ (Castoriadis en Cabrera, 2004).

⁹ Menciona Daniel H. Cabrera (2004) que «la institución es importante en dos sentidos: primero porque se opone al orden natural (physis) imponiendo un orden legal (nomos)» (p.12). Por otro lado, «como requisito transhistórico para que haya sociedad», ya que «no hay ni puede haber sociedad que no asegure la reproducción y la socialización de la siguiente generación» (Castoriadis en Cabrera, 2004, p. 12).

La tarea del arte en la representación de esas identidades a partir del imaginario social¹⁰ cristalizó la articulación de sentidos presentes en las políticas de revalorización de la *memoria histórica* llevadas a cabo a nivel nacional, en concordancia con un clima de época regional: la consideración real de la Patria Grande como horizonte de significación política y cívica. Las identidades en pugna que conforman la trama social del país, y el consecuente conflicto por su representación, como heridas a saldar por esta generación, fueron la tarea acometida, en parte, por el proyecto político que, en un mismo gesto, designó un día en su calendario de celebraciones a la hermandad argentino-boliviana; otorgó la ciudadanía y el grado de General del Ejército a una mujer nacida fuera de las fronteras actuales del Estado; y la entronó como guardiana del *elegido del pueblo* al emplazar su monumento en los jardines de la Casa Rosada, de espaldas a Europa.

Este acto político se opone de manera contundente a la ausencia sistemática de cuestionamiento, por parte del Estado Nacional, al proyecto modernizador. Si bien este proyecto tuvo, para algunos intelectuales, variables que pueden medirse como exitosas —por ejemplo, posibilitó la creación de una *cultura e identidad argentinas* y estableció cierta *uniformidad* utilizando la escuela y los demás sistemas (Sarlo, s. f.)—, construir esa uniformidad implicó sojuzgar poblaciones y sus órdenes sociales pre-existentes, sus sistemas de representación, su cultura, al arribo europeo. Además de significar el posicionamiento subordinado de nuestro país dentro del conjunto de naciones y de sus habitantes, consolidó la injusticia de esas invisibilizaciones.

El monumento a Juana Azurduy implica, en sentido patrimonial, la presencia en el mundo de las representaciones que portan aval estatal de la Nación, de un tiempo, en el que se intenta incluir a los excluidos y a los silenciados en la consolidación previa de procesos de conformación del Estado Nacional.

La mirada del colonizador, desde siempre, ha definido y etiquetado como *unificados* los territorios y las poblaciones sojuzgadas. Colonialismo significa

¹⁰El imaginario social es el *conjunto de significaciones* que no tiene por objeto representar «otra cosa», sino que es la articulación última de la sociedad, de su mundo y de sus necesidades: *conjunto de esquemas organizadores* que son condición de representabilidad de todo lo que una sociedad puede darse. (Cabrera, 2004, p 7).

lo contrario a unificación cultural: establece diferencias. *Civilización o barbarie*, fue el emblema de la diferencia utilizado por aquellos que establecieron en Argentina políticas esencialistas de la identidad.

Conclusiones

La puesta en valor del monumento a Cristóbal Colón y el emplazamiento de otro a Juana Azurduy funcionaron como metáfora y acto de transformación política de reasignación de sentidos necesarios, en elaboración, e implicados en el cambio político que operaba en el país, justamente, en momentos de celebrarse el Bicentenario de la Revolución de Mayo. Este accionar compelió a pensar qué modelo de país permitiría encuadrar una creencia actualizada de Nación para una configuración social y política actualizada.

Este accionar sobre el patrimonio artístico supuso, por un lado, la toma de una decisión política sustentada en la necesidad de llevar adelante una obra de restauración y de aportar sentido a un debate significativo que recuperó y reconfiguró —en su reflexión hacia la comunidad— distintos aspectos entre los cuales se encontraba la incorporación de actores sociales relegados, la ampliación en su participación política y, por ende, la identificación con el Estado que los convocaba.

Por otro lado, fuimos testigos de la puesta en acto de un proceso de construcción de memoria compartida con un pueblo hermano, así como con aquellos residentes bolivianos y sus descendientes en Buenos Aires, mediados por la participación del Estado Plurinacional de Bolivia. La realización y el emplazamiento del monumento de una mujer, patriota y latinoamericana, estableció la pertenencia común a un hito cultural, político e histórico.

Las deliberaciones por el intercambio de monumentos tomaron trascendencia mediática, debido a la injerencia omnipresente de los medios en las ciudades globales como Buenos Aires y, también, a las disputas electorales que acontecieron durante el desarrollo de la obra. El espacio público en el que se emplazaban es contiguo a la Casa Rosada, lo que previamente había sido objeto de reyertas jurisdiccionales partidarias entre diferentes estamentos del Poder Ejecutivo de la Nación y de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Es necesario reconocer que —en la trascendencia que otorgaron a la restauración— algo de esa apropiación de la memoria histórica permanecía de modo latente entre sectores de ciudadanos porteños descendientes de italianos hacia el monumento a Colón de Zocchi. Si bien relocalizar el monumento a Colón en el espigón norte de la costanera le otorga permanencia dentro del área metropolitana, envuelve, también, una cierta distancia que entibia su cercanía simbólica con el poder político y, por ende, la del colectivo al que representa. Aún le resta generar un lazo sensible que reconfigure sus vistas en el nuevo entorno.

Como contrapartida, el monumento a Juana Azurduy, mientras estuvo emplazado anexo al centro de poder político, situaba en *el centro a la periferia*. Esta acción sin dudas resultó, aunque tardía, transgresora. Implicó haber superado el derrumbe a nivel institucional y de representación política que provocó el neoliberalismo en el cambio de siglo XX al XXI en Argentina. Transcurridos diez años de ese momento, el sentimiento identificador de pertenencia se ensanchaba con la sensación de adquirir derechos, en un acto vinculado a la política cultural que permitía superar el negacionismo operado por parte del proyecto oligárquico de la pampa húmeda y retribuía en un lugar central a la Argentina andina, sojuzgada, desplazada.

Juana Azurduy y su presencia jerarquizada constituyeron una apuesta hacia la consolidación de un *nuevo tipo identitario de ciudadanía regional, el ciudadano de la Patria Grande*, que interpelaba modelos heredados de Estado nación surgidos en la Modernidad y suponía la concreción —aún de modo incipiente— de ideales emanados del espíritu revolucionario independentista. De esta manera, se recuperaba el imaginario social de una parte significativa de la población, que aún se identifica con los anhelos surgidos dos siglos atrás.

Por un lado, esta categoría transnacional —aunque se encuentra ligada aún al Estado nación— constituye un tipo de identificación novedoso que, sin embargo, a raíz del cambio político ocurrido en los años subsiguientes, ya no constituye una visión compartida por un colectivo suficientemente consolidado, al menos, en la actualidad. No obstante, demostró poseer el aval necesario que implica la posibilidad de construir un tipo de identificación diferente, alternativo, a la idea del Estado nación producto del proyecto modernizador. Y si como Appadurai sugiere en «Soberanía sin territorialidad» (1997), «las translocalidades vienen en muchas formas

distintas» (p.4), ¿será, acaso, la existencia latente de una nueva identificación transnacional lo que provocó en algunos sectores la reacción contraria, hacia la derecha latinoamericana?

Por otro lado, *la identidad de la Patria Grande latinoamericana* propone una estética que incorpora culturas preexistentes a la llegada del europeo, diversidad de géneros y etnias en sus representaciones. Es una narrativa que incluye lo subalterno, los sujetos en los márgenes, los acontecimientos que sucedieron en la periferia de la historia, hasta ahora, sojuzgada, negada. Esta identidad se encuentra presente en la gran proliferación de contenidos culturales que, descentralizados de la noción porteña de nación —localizada en la pampa húmeda, que se posicionó históricamente como centro—, incluyeron y ampliaron protagonistas, identidades y representaciones, y buscaron crear y sumar públicos durante ese período.

La promoción de este tipo de identificación, llevada a cabo por los gobiernos de la década pasada, se corporizó a nivel operativo en varias de las políticas públicas impulsadas y en los materiales que produjo y propuso el aparato de ficciones culturales durante ese período. El traslado del monumento a Cristóbal Colón y el emplazamiento del monumento a Juana Azurduy en el jardín anexo a la Casa Rosada suponen solo algunas de las acciones de gobierno que funcionó como promotor de la Patria Grande latinoamericana. Es posible mencionar, también, la designación del 12 de julio como Día de la Hermandad Argentino Boliviana y de Juana Azurduy de Padilla como primera mujer en obtener el grado de General del Ejército Argentino (recibido, además, por la primera mujer presidente de la Nación).

En la misma línea, se encuentra el haber acuñado una familia de billetes que reivindica estas nociones, la ampliación de contenidos ficcionales locales hacia el público infantil y juvenil a través de la instauración del canal televisivo Paka-Paka, de Tecnópolis, como así también la creación del Ministerio de Ciencia y Tecnología y del Ministerio de Cultura o la consolidación del programa de repatriación de científicos (Raíces), por mencionar solo algunos ejemplos. Desde el punto de vista de la política cultural, la recuperación del patrimonio pudo, a su vez, colaborar en la promoción de empleos de calidad que permitirían, de constituirse en política de Estado, un camino a partir del cual la cultura generaría una vía cierta y sustentable de crecimiento y desarrollo.

Referencias

- Appadurai, A. (2001). *La Modernidad Desbordada. Dimensiones Culturales de la Globalización*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, A. (noviembre de 1997). Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional. *Novos Estudos*, 3(49), 33-46.
- Bertoni, L. A. (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bleichmar, S. (30 de julio de 2003). Acerca de la subjetividad [Conferencia]. Recuperado de <http://seminario-rs.gc-rosario.com.ar/conf-silvia-bleichmar-30-07-2003>
- Cabrera, D. (2004). Imaginario social, comunicación e identidad colectiva. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/242731193_Imaginario_social_comunicacion_e_identidad_colectiva
- Correa González, E. (marzo de 2010). La identidad y la identificación: Laclau y Žižek. *Carta psicoanalítica (CARTAPSI)*, (15). Recuperado de <http://www.cartapsi.org/new/la-identidad-y-la-identificacion-laclau-y-zizek/>
- García Canclini, N. (1990). *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Ciudad de México, México: Grijalbo.
- García Fanlo, L. (28 de marzo de 2016). La identidad nacional en tiempos del Bicentenario. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/opinion/la-identidad-nacional-en-tiempos-del-bicentenario-nid1883631>

- Grüner, E. (2004). El conflicto de la(s) identidad(es) y el debate de la representación. La relación entre la Historia del Arte y la Crisis de lo Político en una teoría Crítica de la Cultura. *La Puerta FBA*, (1), 58-68. Recuperado de <http://papelcosido.fba.unlp.edu.ar/pdf/revistas/lapuerta/LaPuerta-1.pdf>
- Guerrini, S. (2008). *Designing Nationality: The production of image and identity by the Argentinean State [La producción de imagen e identidad desde el Estado Argentino]* (Tesis de doctorado). Universidad de Kent, Canterbury, Reino Unido.
- Guerrini, S. (2015). *El Diseño de la Nacionalidad. El Caso Argentino [Notas de clase del seminario]*. Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.
- Mejía, M. H. (2014). El patrimonio cultural y la (re)construcción de la Identidad. *Revista MAYA Coleccionismo y Patrimonio*.
- Palavecino, V. y Amaya, Y. (2016). El bicentenario en clave patrimonial, memorias en disputa. Recuperado de <https://www.unicen.edu.ar/content/el-bicentenario-en-clave-patrimonial-memorias-en-disputa>
- Quijada, M. (1994). ¿Qué Nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario Hispanoamericano del siglo XIX. *Imaginar la Nación/ Cuadernos de Historia Latinoamericana, AHILA*, (2), 15-51.
- Sarlo, B. (s.f.). Entrevista Lateinamerika-Institut (LAI) de la Freie Universität de Berlin. Recuperado de <https://www.lai.fu-berlin.de/es/index.html>
- Van Deurs, A. y Renard, M. (1996). El monumento «antiguo» de Colón. *Estudios e Investigaciones*, (6), 127-131.